

2 de Octubre.

Hasta hoy no he tenido ni fuerzas ni valor para escribir el desenlace de esta tristísima aventura.

La noche me sorprendió en el parque, donde buscaba todavía la manera de decidir á Luisa Bauquet á que se marchara, á que se separase de mí para siempre.

El viento acababa de llevarse todas las nubes hacia el Oeste, y el cielo quedó despejado. Hacía bastante frío, y debía volver á mis habitaciones, porque iba muy desabrigada. Sin embargo, seguí en el jardín, temerosa de encontrarme en el salón á la que quería despedir de mi casa sin saber lo que iba á decirle.

Entonces se me ocurrió la idea de resguar-

darme en las ruinas del antiguo castillo. Nadie pensaría en buscarme allí, y podría reflexionar con tranquilidad y planear algo antes de verme frente á Luisa Bauquet. El Duque hizo medio restaurar, precisamente el año pasado, una de las habitaciones de esa antigua morada, la habitación que, según dicen, ocupó la bella María, la abadesa de Ramsay después del rapto y antes de su casamiento. Algunos escalones desmoronados y vacilantes conducen á esa habitación. Conseguí subirlos, porque los conozco mucho y sé dónde debo poner el pie, y héteme ya en el cuarto de la abadesa. Los muros están apuntalados con barrotes de hierro; algunas vigas nuevas, pero muy desunidas, sirven de suelo. Me aventuro por ellas, atravieso la habitación y llego á la ventana, ó más bien, á un gran agujero que en otro tiempo fué ventana. Allí me detengo. Delante de mí tengo un abismo de veinte ó treinta metros de profundidad, porque el castillo está hoy en alto.

Sentada en una banqueta del jardín que he mandado poner allí para descansar siempre que voy, sigo durante algún tiempo mi pensamiento, busco, y al fin, á fuerza de buscar, acabo por resolver que hablaré yo misma con

Luisa Bauquet. Procuraré hacerle oír la razón, inspirarle una decisión firme, persuadirla de que debe marcharse, por ella y por mí también.

Después de haber meditado bien mis palabras, no pienso más que en volver al castillo, á fin de concluir aquella noche misma. Pero cuando, después de haber vuelto á atravesar la habitación, pongo el pie en el primer escalón, echo de ver que alguien se dispone á subir. Me da miedo y grito: "¿Quién es, quién va ahí?"

—Soy yo, señora Duquesa— responde una voz.—Estaba con cuidado por vuestra ausencia, y os he buscado por todas partes.

Y al mismo tiempo Luisa Bauquet llegaba á mi lado. No pude menos de decirle:

—¡Qué locura, aventuraros de noche por estas ruinas!

—¡Oh!—contestó.—Esta noche se ve como si fuera de día. Además, conozco mucho esta habitación. Sé que es necesario llevar cuidado y que no debe una inclinarse hacia abajo, á menos que no esté una resuelta á matarse, lo cual es una idea como otra cualquiera.

—¿Qué decís? ¿Por qué hablar de morir?

—Es la influencia de ese agujero, de ese

precipicio. Ordinariamente no pienso nunca en ello. La muerte vendrá cuando quiera, hoy, mañana ó después. Me es igual. ¡Para lo que yo hago en el mundo!

Por instinto, por una especie de intuición que no podía sorprenderme tratándose de ella, porque siempre había leído en mi pensamiento, se adelantaba á los consejos que yo quería darle en la conversación que tenía pensada. Así es que me apresuré á decirle:

—Si estáis descontenta de la vida, ¿por qué no variáis? Hacedla útil, aprovechable para los demás, haced vida honrada.

—¡Yo, Melinita!

—No, vos, Luisa Bauquet. Me habéis dicho que tenéis una hermana casada, madre de familia, que no es muy feliz. Retiraos á su casa, ocupaos con sus hijos, amadlos, dadles el bienestar...

—¡El bienestar! ¿Cómo? Nada tengo.

—¿Y vuestro millón?

—¡Mi millón!

—Sí. Supongo que no os figuraréis que me voy á quedar con él. Lo he empleado en buenas obras, en nombre del Barón de Virmeux... para que os perdone. Pero en cuanto regrese

á París, os reintegraré la suma que me habéis dado.

En vez de mostrarse satisfecha con esta buena noticia, se contentó con decirme:

—Entonces, ¿por qué me habéis pedido ese dinero?

—Para probaros, para saber si erais tan interesada como decíais y como lo habéis sido con el Barón.

—¡Pues bien! Nada habéis sabido: la mujer piensa en sus intereses cuando no ama. Los descuida y los olvida cuando está enamorada.

—Os equivocáis. Algo he sabido. Sois mejor de lo que pensáis, y por eso deseo para vos otro género de existencia.

—Éste me conviene. No quiero variar.

—¿De qué existencia habláis? ¿De la de Melinita, ó de la de Luisa Bauquet?

—De la de Luisa Bauquet, doncella de la Duquesa.

—No podéis seguir eternamente á mi servicio, ya lo sabéis.

—¡Ah! ¡Me despedís! ¡Otra vez!

—No os despido. Acudo á vuestra razón, á vuestro juicio, para que os decidáis á abandonarme, á alejaros de mí.

—¡Ah! ¡Ya lo sabía, ya lo sabía yo! ¡En cuanto os vi volver á vuestro *Diario*... ¡Oh, ese *Diario*!... y escribir, escribir mucho tiempo en él, luego salir sin dejar que os acompañase y entrar en estas ruinas, me dije: "Algún proyecto medita, y tiene malos designios respecto á mí."

—No—le contesté procurando calmarla,—no es un mal designio, puesto que pienso, por el contrario, en haceros llevar una vida mejor... Vamos á ver, estamos á fines de Septiembre. Está ya muy entrada la estación para vivir en este puerto de mar, pronto volveré á París. ¿Puedo conservaros allí en mi casa? Pensadlo vos misma, acordándoos de lo conocida que sois.

—¡Oh! Me disfrazo, me transformo muy bien.

—La señora de La Bére sabe que estáis á mi servicio.

—Ésa no puede decir nada. Salió de París el día antes que yo, para reunirse en los Estados Unidos con una americana muy bonita y muy rica, la cual responde que no ha de dejarla volver... Además, si, contra toda probabilidad, dijese algo algún día, diréls lo que sin duda alguna habréis pensado decir: "No

sabía que Luisa Bauquet se llamaba Melinita. La he creído siempre una verdadera doncella, acerca de la cual me habían sido dados muy buenos informes."

—Pero ¿y Blazac? ¿No me dijo que Luisa Bauquet y Melinita eran una misma persona?

—¡Oh! Blazac no es de temer. He tenido noticias tuyas. Continúa viviendo en Boloña, en el hotel Christol, con una rubita á quien conozco mucho, Rosa Mirón. Es una explosible... para hombres; y Blazac, que es un bonachón y que está fatigado ya, no tardará mucho en arrepentirse de haber querido estudiar de cerca los nuevos explosibles. ¡No hay que contar con Blazac!

Este lenguaje, que sonaba peor aún que de costumbre y me recordaba á la cortesana, esa ligereza para hablar de un hombre á quien en realidad debía ella su fortuna, me sublevaba. No debí pensar en aquel momento más que en su nerviosidad; pero yo también tengo nervios y me había ido irritando poco á poco, viendo que no adelantaba nada con mis consejos y que no podía, ni convencerla, ni siquiera hacer que titubeara. Así es que le dije bruscamente:

—Es inútil discutir más. Debemos separarnos.

—¿Por qué?

—Si me tenéis el afecto que decís, debéis haberlo comprendido ya.

—Sólo comprendo una cosa: que no puedo marcharme.

—Tendréis valor y reflexionaréis.

—Las locas no reflexionan, y yo estoy loca... por vos.

—Razón de más para que yo insista en esta separación. ¿Qué esperáis?

—Que acabaréis por amarme como yo os amo.

—Jamás. No podría.

—Decidme por qué.

—Porque una mujer honradamente educada, cuyo espíritu es recto, cuyo corazón está sano, no podría compartir, ni admitir, ni siquiera comprender ciertos sentimientos monstruosos, si á eso puede llamársele sentimientos. Cuando los manifestáis, en vez de agradarnos, de inflamarnos, como creéis, sólo conseguís inspirarnos repulsión y asco. No estamos hechas para vuestras depravaciones, y nos sublevan. Vuestra corrupción nos desanima. La mayor parte de nosotras ni

siquiera sabe de qué se trata. No temen el contagio; pero creen que esa enfermedad es repugnante. Conocen vuestro vicio, ó lo adivinan; pero no permiten que su pensamiento se detenga en él, ni lo profundice. Saben que existís, pero no existís para ellas. Eso no es honradez, sino simplemente instinto. Sí, una aversión instintiva á todo lo que no parece natural. No se nos debe agradecer; somos así, como ustedes son de esa otra manera.

—De modo—dijo—que jamás os inspiraré otra cosa que repulsión.

—Usted, no. Su amor, sí.

—Y, sin embargo, es bien profundo y verdadero. El corazón está bien interesado.

—¡Si hablara sólo el corazón!

—Haré callar á lo demás, os lo juro. Dejadme á vuestro lado.

—Os digo que es imposible.

—Haced un imposible. ¡Os amo tanto! ¡Ah! ¡Si lo supierais! No pienso más que en vos. Con vos sola sueño cuando puedo dormir; pero ¡ay! ya no duermo. Vuestro recuerdo me tiene siempre despierta... No advertís lo cambiada que estoy; no observáis que ya no se ven más que mis ojos en este rostro escuálido. Lo sé porque me miro amenudo al es-

pejo. ¡Temo tanto ponerme fea!... ¡Ó más bien, temo que vos me encontréis fea!... Estos tres últimos meses pasados junto á vos han concluído conmigo... ¿Por qué no me despedisteis la primera vez? ¿Por qué oísteis mis ruegos? Hoy es demasiado tarde, ya no tenéis el derecho de echarme... Moriría lejos de vos... sí, moriría... Tened compasión. ¡Por Dios, tened compasión de mí!

Encorvada, casi de rodillas, me había cogido las manos, las besaba, y yo sentía sus lágrimas que resbalaban por entre mis dedos.

Su dolor me producía mucho daño, y al mismo tiempo estaba furiosa contra mí misma; porque ese dolor lo había yo buscado, lo había yo provocado. Debía haberme complacido, y por el contrario, me hacía sufrir... ¡Ah! ¡Eso era olvidarse demasiado de la soñada venganza! ¿No había sufrido mi marido otro tanto por causa de ella?... ¿Por qué pensé en él en aquel instante?... Pero Melinita seguía estrechándome, y loca ya, me gritaba: "¡Ámame, por Dios, ámame!...", Entonces, sin saber qué decir, ni qué hacer, pero decidida á quitarle toda esperanza, púsele las manos en los hombros, y mirándola frente á frente, le dije:

—El Barón de Virmeux se llamaba el Duque de X... ¡Era mi marido!

—¡Ah!—exclamó ella retirándose rápidamente.—¡Habéis querido vengarlo!

—Sí, pero ya no quiero.

Acometida por otra idea Melinita, dijo en seguida:

—Sois viuda... ¿Cómo ha muerto?

—Se mató por culpa vuestra.

—¡Por culpa mía! ¡Ah! ¡Dios santo, Dios santo!... Todo lo comprendo ahora... Es verdad que no podéis amarme... ¡No, no podéis!

Empezó á pasear por la habitación, repitiendo con voz ronca, como si se ahogara:

—No, no puede amarme, no puede.

Por momentos, se detenía diciendo:

—¡Se ha matado, se ha matado por mí!

De pronto, añadió:

—¡Pues me mataré yo por ella!...

Y... dando un salto, se arrojó por el hueco de la antigua ventana.

.....
 Cuando, un cuarto de hora después, llegaba yo al jardín, estaba muerta... muerta sin agonía. Su cabeza, su cuerpo, se habían destrozado contra una roca de las ruinas.

Esta muerte ha sido atribuida á un acciden-

te fortuito. Mis criados sabían que la señorita Bauquet era aficionada á pasear, de noche, por las ruinas, y uno de ellos había dicho: "Hace mal. El día menos pensado le sucederá una desgracia. El cuarto de la abadesa es muy peligroso."

La enterraron ayer. La fúnebre ceremonia fué verificada en la iglesita del Portel. Había yo hecho adornar un ataúd con las últimas flores de otoño que pudieron encontrar en el parque, en el jardín y en el campo. Yo iba detrás del féretro, seguida de toda mi servidumbre, de las mujeres del Portel y de los pescadores que no habían salido aquel día á la mar.

En cuanto regresé á París, encargué á mi notario que buscara á la hermana de Luisa Bauquet, y que le entregara un millón representado por un título de renta perpetua inscrito á nombre suyo y al de sus hijos.

.....
El Príncipe de T... se ha casado hace un año con la Duquesa de X...

La lectura del *Diario* íntimo que le había sido confiado, aquella confesión tan completa, debió, sin embargo, darle mucho que pensar; sin duda se asustaría de ver á la Duquesa,

después de haber ido tan lejos, detenerse en el camino sin satisfacer su curiosidad, bien excitada por cierto. Seguramente se preguntaría si, á pesar de su honradez, de la energía de su carácter, de sus repugnancias instintivas, más tarde, en un mal cuarto de hora, en condiciones nuevas, imprevistas, no caería en la tentación de aprender más de lo que sabía.

Pero como tiene ideas muy avanzadas, sabe la manera de comprender el amor entre esposos, y acaso se dijo al mismo tiempo: si absolutamente quiere saberlo todo, la instruiré yo mismo; por más que dijera Melinita, arrojando el ascua á la sardina, una buena amante vale más que un amante. Hasta en este género de educación es superior el hombre á la mujer: puede enseñar todo lo que ella enseñe, y también lo que ella no puede enseñar nunca. Las muchachas de los ojos de oro, las Maupin, las señoritas Giraud, las Melinitas no son verdaderamente temibles más que para el marido que respeta á la mujer más de lo que ella quiere ser respetada, y que no quiere ó no sabe hacerla alguna vez que otra su amante. Este es, sin embargo, el medio mejor de guardarla bien y de guardar-

se á sí mismo, si la imaginación de cualquiera de los dos es demasiado viva.

El Príncipe de T... quiso, sin duda, buscar razones para casarse con su bella penitente, como se casó en efecto. Si no hubiese estado bajo la influencia de una confesión un poco incendiaria á trozos, hubiera indudablemente hablado en estos otros términos:

El matrimonio, á pesar del divorcio, que lo ha rebajado mucho, debe ser respetado. Es rebajar, envilecer á la mujer legítima, madre á veces, iniciarla en todos los secretos y en todos los refinamientos del amor. Es también exponerse á grandes peligros: una curiosidad satisfecha, provoca otra, ó la misma, bajo diferente aspecto.

La imaginación de la mujer, una vez exaltada, no sabe detenerse. Por más que el iniciador diga á su discípula: "Ya lo sabes todo. Es siempre lo mismo. Tranquilízate," ella no lo cree, y corre hacia lo desconocido, como si siempre hubiese algo por conocer.

El hombre bien decidido al matrimonio, no debe, por el contrario, buscar una mujer de esas... hay muchas... aun más honradas que curiosas, que saben dominar su imaginación aun cuando se exalte más de lo que pa-

rece ordinariamente? El día en que la encuentre, se contentará con ser un buen marido, un verdadero marido, honradamente enamorado, apasionado... porque la pasión no queda excluída del programa... y con tener hijos robustos y sanos, libres de las neurosis de nuestro tiempo... siempre y cuando, varones ó hembras, sepan guardarse de las Melinitas, que son igualmente peligrosas para los dos sexos.

FIN

BIBLIOTECA ALFONSENA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA